

Jáen, 1 de Marzo de 2.008

D. FRANCISCO JAVIER GÓMEZ-QUINTERO CANO

ESTUDIANTE

XVII PREGÓN DEL



*A mis padres, por su formación y su cariño.
A mi mujer, por su amor.
A mi hijo, por su luz.
A mis amigos, por estar ahí.
A Josete, por su licencia.
A la Junta de Gobierno, por su confianza.*

*Siempre sea con tu venia, Madre nuestra de las Lágrimas,
que hoy nos has reunido aquí bajo tu dulce manto.*

I. PRÓLOGO

Pudo ocurrir al abrirse de par en par las puertas del templo y aparecer la cruz de guía con los primeros nazarenos estudiantiles.

Pudo ser al levantarse el paso del Señor a pulso en un encierro comprometido con la Virgen de las Lágrimas.

Pudo acontecer al sonar un solo de trompeta sobre el redoble de los tambores que siguen al Cristo de las Misericordias, o quizás al perderse el manto sublime de la Virgen de las Lágrimas tras de una esquina cualquiera.

Pudo sobrevenir por el lamento quebrado de una saeta a Jesús de las Misericordias o por el aplauso estruendoso de la muchedumbre arremolinada y quieta a sus pies.

O tal vez por la oración anónima de un penitente que para sus penas, pide Misericordia a la Virgen de las Lágrimas, o quizás por aquel esfuerzo enorme y generoso bajo las trabajaderas para subir a los cielos a la Reina de la Merced.

Pudo proceder acaso del incienso denso que se eleva implorante ante la Virgen de los Clavitos, o quizá de la música que para la Virgen suena.

Pudo ser, tal vez, del silencio riguroso de unos pies descalzos delante del Cristo de las Misericordias o puede que de la cantinela sobre los varales del palio de cajón de Nuestra Señora.

Pudo ser, sí, tal vez por una mirada condolida ante el Señor de los Estudiantes o por un requiebro enamorado al rostro inmaculado de la Virgen de las Lágrimas.

Pero sea cómo, o por lo que fuere, lo cierto es que con la Hermandad de los Estudiantes, cada uno a su manera y en su momento, si quiere, si descorre los cerrojos de su corazón, puede descubrir en los recovecos de su alma el latido incomparable de la experiencia de Dios, el reencuentro emotivo con el Creador, el aliento místico del Espíritu, la verdad suprema y desnuda de la caridad de Cristo, Dios mismo hecho hombre, como vosotros y como yo, clavado en la cruz de su Victoria únicamente por amor.



II. SALUTACION Y PREMBULO

*Señor Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas,
Señor Capellán y Consiliario,
Representantes de las distintas Hermandades de Pasión y Gloria que hoy, nos acompañan,
Cofrades y amigos todos.*

No sería bien nacido si con algo diferente, que no fuera el amor filial y fraterno, viniera a pagar la generosidad y la delicadeza que ha demostrado en su presentación mi padre. Sé de sobra que sus palabras, salen más del corazón que de la cabeza. No hay vara con la que medir el amor que se tiene a un hijo, lo se bien, por eso creo que le ha cegado el cariño, y no ha sabido ver en mí, nada más que virtudes y alabanzas; olvidando y pasando por alto la realidad de mi persona. Gracias Papá por esta presentación

Aunque es preceptivo, obligatorio e ineludiblemente necesario el dar las gracias a todos aquellos que de una manera directa o indirecta, de forma generosa, han contribuido a lo que los pregoneros consideramos como una distinción inmerecida, o sea, el designarnos para glosar y anunciar nuestra Hermandad de los Estudiantes, yo voy a ser la excepción de la regla y me vais a permitir romper unos moldes y unas costumbres.

No voy a pronunciar la palabra GRACIAS, que viene a ser como el prólogo, el pórtico y la apertura de la voz del pregonero. No voy a dar las gracias al Hermano Mayor, con el que tanto he compartido.

No voy a dar las gracias a este público que, en apretadas filas, representa una parte muy importante de la Hermandad.

Ni a mis amigos, que, con sus enhorabuenas sinceras me han permitido que esta noche me haya llevado a la osadía de hablar de algo dónde sobran las palabras y donde solamente hay que procurar que los latidos del corazón cofrade vibren al unísono.

Y no voy a dar las gracias por una razón simple y sencilla, clara y elemental. Porque sería como aprovecharme de una sola palabra, unas escuetas frases de agradecimiento, para intentar pagar, lo que no tiene precio: Vuestra designación y vuestra confianza, en que fuera el pregonero de los Estudiantes 2008. La Cofradía de mis amores, de mis raíces y de mi corazón.

Por eso, prefiero dejar de pagar esta deuda. Para que el tiempo que Dios nuestro Señor tenga a bien concederme de vida, esté solo pensando que os debo, a todos por igual, lo mas grande y lo mas hermoso que un cofrade de los Estudiantes pueda albergar en su corazón. Ser pregonero de los Estudiantes de Jaén.

Esta noche, haré tan sólo un esbozo de pregón; mis palabras sólo serán un tímido reflejo de ese otro y verdadero canto, que día a día, línea a línea, hacéis vosotros con vuestra fe constante, con vuestra esperanza sin desmayo, con vuestro amor profundo.

Si. El verdadero pregón es el que hace ese cofrade abnegado que durante todos los días del año, trabaja infatigable y a veces hasta incomprendido, en el seno de la Hermandad.

O el del enfermo, pronunciado con la voz del dolor y la resignación, mientras sus ojos quedan fijos en el manto de la Virgen de las Lágrimas que se aleja.

O el de aquel hombre, que en cualquier esquina, sentirá brotar dentro de su cuerpo, encorvado ya por el peso de los años, la fuerza de la juventud que tantas veces ofreciera, escondido tras su túnica, al Cristo de las Misericordias.

Verdadero pregón el de tantos y tantos cofrades anónimos, que nunca aspiraron ni al oropel del cargo ni al puesto de privilegio.

Pregón, canto sublime y callado, lleno de dulzura y delicadeza, el de nuestras Hermanas Clarisas que saben de la generosidad e importancia de su misión y su entrega.

Unos pregoneros, que no disponen como yo de un auditorio gentil, amable y generoso, presto a recoger con benevolencia mi pobre palabra; que no tendrá nunca ovaciones, ni aplausos, ni parabienes, pero que tendrán si duda alguna, el día en que el Señor los llame, el premio único y verdadero de unas puertas del cielo abiertas de par en par y un sitio de honor en el hogar de los justos.

Qué más quisiera este pregonero que al término de su pregón sentir el consuelo de que sus palabras hubieran llegado hasta vosotros. Daría, créedme, lo que no tengo, porque mis palabras fueran el bálsamo milagroso que cicatrizará vuestras heridas.

Al adentrarnos ya de lleno en lo que ha de ser la trama de este pregón, quisiera vuestra benevolencia para levantarme el antifaz por unos instantes, y poder así proseguir a sabiendas de que este pregón será la narración de las vivencias de un simple cofrade, igual que todos y cada uno de vosotros, con la sola excepción de que la Hermandad de los Estudiantes, un día, sin mérito alguno que lo justifique, decidió señalarlo con el dedo y convertirlo en pregonero.

Así pues, este pregonero vuelve a echarse el antifaz, toma su cirio y ocupa su tramo.

Deseo que en vuestra mente reviváis esta noche un ceremonial tantas veces repetido sin necesidad de aprendizaje. Quiero veros calzar la esparteña y colocaros la ancha faja; quiero veros vestir la túnica y aprestaros la capa; quiero ver colgar la medalla de vuestro cuello, amoldaros la mantilla, alzar al cielo los esbeltos capirotos. Quiero veros vestidos de Lunes Santo.

Sabed, que con el orgullo de sentirme cofrade de los Estudiantes he ido poniendo una a una detrás de todas las otras, las palabras de este Pregón, pronunciado por alguien que entiende muy bien aquellos versos que escribió Machado y que podrían ser resumen de todo cuanto he querido deciros: Quien habla, sólo espera hablar a Dios un día.

III. MI CRISTO DE LAS MISERICORDIAS

Cuántas veces, Señor, nos hemos mirado frente a frente. Como hace tan sólo unos minutos, ¿Recuerdas?— cuando en la soledad del claustro franciscano, postrado a Tus pies, te imploraba fuerzas para mi pregón. Cuántas veces, Señor, hemos hablado en profunda intimidad. Tú no necesitas que te cuente mis cosas porque las sabes. Soy yo quien necesita contártelas. Cuántas veces has consolado mi llanto y mi soledad. Tú no necesitas mis manos, soy yo quien busca como el aire Tus brazos abiertos. Tú no necesitas, Señor, ni siquiera, de mi fuerza la noche del Lunes Santo, soy yo quien día a día, estoy necesitado de Tu

palabra y de Tu luz. Pero Tú siempre estás en Tu cruz cuando te busco, y si me olvido, te las arreglas para cruzarte en mi camino.

Señor, yo que te he visto bajar de la Cruz del brazo de esos José de Arimatea y Nicodemos del siglo XXI que son tus cofrades; yo que te he llevado, a ratos, sobre mi hombro en el Vía-Crucis de Cuaresma; yo que te he visto blanco de polvo y escayola en tu tercera restauración; yo que siempre he vivido a tu sombra, porque a los pocos días de nacer, mi padre tuvo la bendita idea de inscribirme como cofrade, puedo decirle al mundo que TÚ NO ERES DE MADERA, QUE TÚ NO ERES UN RECUERDO HISTÓRICO, que Tu Imagen es un signo vivo de Tu presencia entre los hombres, y que Tu Misericordia se hace Carne y Vida, Sangre y Latido cada noche de Lunes Santo, cuando tienes la delicadeza de salir a buscarnos desde la cima del lujoso Calvario de madera y plata, damasco, iris y claveles rojos.

Aunque anónima tu talla, el maestro plasmó la Misericordia de Cristo por los que sufren en toda tu anatomía. En tus ojos, cerrados y con la luz perdida en tu agonía. En tu cabeza, inclinada por el peso del mundo. En tus pies y manos, bañados por tu Sangre Redentora.

Así, talló el maestro a Cristo cuya mirada vemos especialmente fija en cada uno de nosotros: Mirada en la que el dolor se hace Misericordia. Mientras, nuestro Cristo, sin fatiga alguna, se preocupa por ayudarnos a soportar el peso de nuestros cansancios, y su comprensión abraza, sin resentimiento, nuestras incomprendiones.

No intuía el imaginero la trascendencia de los giros de su gubia cuando daba forma al Señor de los Estudiantes. Siglos después, su aspecto humano y sencillo, sigue conmoviendo a los fieles que, sin ser místicos, le aman y, sin idolatrarle, le veneran.

Su pecho es algo más que pulmón ansioso de aire. Se le hincha el corazón entre las costillas hasta no caberle, ensanchando el tórax, acogiendo sus suspiros y los nuestros. Es la hora de la Misericordia.

Sus brazos hacen saltar los garfios que lo cosen a la cruz ante nuestro deseo de abrazarle. Es la hora de la amistad.

Su cintura atrae el viento que dibuja su inconfundible silueta con el paño de pureza recogido a la izquierda, tensión en sus muslos. Es la hora de la tragedia.

Y sus pies. Que sostienen el cuerpo gravitando en los clavos para no derrumbarse. Igual que una bandera izada hasta el tope del mástil, pabellón de un ideal que defender. Es la hora de la Iglesia.

Dejadme ahora que me exprese con esa juventud que me niego a abandonar. Dejad que sueñe este sencillo pregonero.

Déjame soñar, Señor, déjame pedirte..., déjame, sobre todo, imitarte bajo el peso del madero, déjame seguirte..., y Tú, ¡prométeme el cielo!

Permitidme, cofrades, que llegado este punto mis palabras adquieran un tono distinto, que vuestra caritativa benevolencia sabrá disculpar; pero ante el Cristo de las Misericordias, es tal el caudal de recuerdos, emociones y alegrías que se agolpan en mi corazón, mi cabeza y mis ojos, que apenas puedo ordenarlos. Viendo al Cristo de las Misericordias, viendo su costado abierto y sangrante, y sus ojos ya cerrados, sólo una urgente petición de Misericordia se viene a los labios:

¡Misericordia, Señor,
por el grano que sembraste,
por la tierra que pisaste
para llenarla de Amor.
Por el gozo y el dolor,
por la palabra que hablaste,
por el mal que perdonaste,
¡Misericordia, Señor!
Por Tu Sangre y Tu Sudor,
por la Muerte y por la Vida,
por el cirio y por la flor,
¡Por Tu Madre dolorida,
Misericordia, Señor!

No te mueras, Mi Cristo, que quiero soñar contigo las tardes que caen por los montes de Jabalcuz.

No te mueras, Mi Cristo, que Tú eres el mástil al que se abraza nuestra Fe, en este Mundo sin creencias.

No te mueras, Mi Cristo, que Tú eres el faro que nos sirve de guía, en este mundo perdido y sin rumbo.

Sigue respirando, Cristo de las Misericordias, que Tu aliento es la brisa que llega de Bonanza con la marea, para refrescar nuestra desesperanza.

No te mueras, Mi Cristo, que Tu Sudario se mueve con los suspiros de los que te imploran.

No te mueras, Mi Cristo, porque si Tú te mueres, todos moriremos contigo.

No te mueras, Mi Cristo, que Tú eres el principio y el fin, el todo y la nada, la pregunta y la respuesta, la razón y el misterio.

No te mueras nunca, Cristo de los Estudiantes, porque te necesita el Mundo, te reza tu pueblo y te quiere este Pregonero.

Por eso te levantan a pulso y te llevan despacio porque duermes y sueñas con un mañana cercano de Esperanza. Cuando despiertes Cristo mío, y me presente al examen en la intimidad de Tu noche en Santa Clara, dejaré a Tus pies mi oración joven para que antes que el reloj marque la hora de finalizar la carrera de mi vida, levantes Tu cara regalándome el aprobado del corazón.

Caminando por Tu Misericordia he llegado a darme cuenta de tantas y tantas cosas que jamás hubiera podido encontrar más que a Tu lado. De Tus cinco heridas brota la sangre derramada de tantas y tantas personas...

Jesús de las Misericordias, el Dios de nuestra esperanza que es nuestra fortaleza. ¡Claro que sí!, el único que hace ancha la puerta estrecha de la salvación para que por el ojo de su aguja pasemos los pesados fardos de nuestras culpas opulentas vosotros y yo.

Desde que te buscara un lejano día pidiéndote un poco de Tu Nombre para mi casa, me has dejado atado a Ti por un lazo mucho más fuerte que la simple oración de un momento de zozobra. Cristo de las Misericordias, que cruzas cada año la tarde de mi vida, a Tus plantas me tendrás para siempre como uno más de esos cientos de hombres y mujeres, que todos los Lunes Santo hacen renacer a un barrio.

Y el Señor, que se nos muere con dolor y por amor, nos dejará el último aliento de su Divina Humanidad entre los muros silenciosos y franciscanos de Santa Clara.

Déjame que te acompañe, quiero ver Tu rostro, quiero poner mi mano y sentir la piel todavía tibia de Tu cuerpo. Permíteme Señor, que apoye mi frente a los pies de la cruz. Quisiera sentir la última vibración de Tu respiración cansada, arrancar Tus clavos, besar Tus heridas, apaciguar Tu dolor, que es el nuestro, y seguir a Tu lado mientras trato de descifrar todo el misterio de ese largo camino al cielo.

IV. MI VIRGEN DE LAS LÁGRIMAS

En un lugar especialísimo de mi corazón, el que se merece una Mujer única e irremplazable como toda madre, que es Madre de Cristo y Madre mía, guardo y así espero seguir haciéndolo todos los días de mi vida, un cariño y un amor grande hacia esa Virgen Santísima de las Lágrimas, que me ha visto nacer, crecer, convertirme en hombre, y que un día será testigo de mi partida hacia el abrazo definitivo que ese Cristo de las Misericordias, con sus brazos extendidos y siempre abiertos, nos ofrece. Ella ha sido testigo de mis confidencias de niño, de adolescente, de hombre ya. A Ella me he encomendado en innumerables ocasiones de mi vida para pedirle tranquilidad y éxito en mis exámenes durante mis años de estudiante, salud para mis seres más queridos, el descanso eterno para familiares o hermanos de la Cofradía, sabiduría y paciencia en mis empresas sentimentales, paciencia en las tareas profesionales, consuelo en los desengaños y sinsabores de la vida y siempre me ha concedido lo pedido, o me ha dado la Fe suficiente para saber sobrellevar la cruz pequeña o grande, que, en un determinado momento, me haya tocado sobrellevar.

Siempre la siento cerca, como ahora, desde este atril, su mano añorada toca mi espalda como el que es tu pareja de cirio en el tramo y que tal vez sin conocerte, te dice: "Hermano: buena Estación de Penitencia".

Lo nuestro fue un flechazo de belleza, amor y respeto. Clavó hace treinta años su mirada en mi alma y desde entonces no me he resistido nunca a amarla. He crecido en ese amor y cada día, cada nuevo día que vuelvo a sus plantas, parece que fuese el primero, Y es que sigo convencido que el encontrarse con Ella cara a cara es soñar.

Llanto puro de Mujer pura que llora. No sé si eres la belleza que llora o el llanto hecho belleza, pero sí sé que fuiste el primer regalo de este pregonero y desde aquel momento, Lágrimas, su mejor guía.

Al pregonero le duele el alma, de no acertar a definirla. Quisiera arrancar tu nombre Lágrimas, del lamento, de las palabras del aire, del sentimiento y del verso, de la tierra que pisamos, de la luz de nuestros cielos, de la emoción de tus hijos y el azul del firmamento. Quisiera que tu nombre, Lágrimas, marcado por la decisión de Dios en nuestra propia naturaleza, sonara esta noche, como canto de amor y de esperanza.

No puede entenderse un calvario sin lágrimas. Son la expresión sentida del sufrimiento. Los ojos se hacen pregoneros de un sentimiento hondo que arranca el desahogo y el desaliento. ¡Demasiadas lágrimas derramadas injustamente! No debería haber perdón para quien hace nacer lágrimas amargas en ojos ajenos.

Al verla uno se pregunta: ¿Cómo se ha podido conseguir tanta belleza? Benditas manos que diseñaron y realizaron el palacio donde la Madre de las Lágrimas nos recibe. La plata de los varales la abrazan mas que mecerla, los cirios, se convierten en estrellas, su mirada, la más honda, sus lágrimas las más heridas. Desprende de sus mejillas el bláncor de la tristeza y de sus labios pureza, Virgen de las Lágrimas.

¡Cuántos secretos de amor no hay puestos a tus plantas! Lleva La Virgen de las Lágrimas en su talla el rostro añorado de aquella joven que un día con sólo dieciséis años puso su cara a esa Imagen, puso en sus ojos su llanto. Iba el artista imaginero a un parque cordobés, a tomar apuntes de la bella joven. Su madre, le preguntó un día por sus intenciones, y el artista le dijo: «no se ofenda señora, que estoy tomando apuntes de su hija porque me han encargado una virgen que se llamará Mayor Dolor para luego llamarse Lágrimas. Misterios de amor, ¿quién los conoce?...

¡Cuántas lágrimas no debió derramar la que ya no lo vería sino azotado, coronado de espinas, curvada su espalda por el peso del madero, tendiendo la mano a las mujeres santas! ¡Cuántas lágrimas no debieron correr por su rostro, sabiendo que no lo volvería a abrazar ya más que muerto, al pie de la cruz descendido! Sabiéndolo los Hermanos estudiantiles acuden a la Merced para enjugar las lágrimas de María.

Cofrades entregados te trajeron como un regalo, por no dejar a Jesús sin el amparo de una Madre. Y ahora te soñamos en noches claras, te acunamos en un paso de filigrana, ahora te prestamos un cielo salpicado de luceros, mecidos por los doce varales del sueño y la ilusión. Y tu belleza, seguirá guiando nuestros pasos.

Madre de Dios bajo palio, luz de Jaén sagrada, refugio de pecadores y de esta ciudad Lágrimas.

Madre de Dios bajo palio, estrella que alumbró todo, Señora de todo un barrio, consuelo de nuestras almas, de la Merced mi única Reina y de esta ciudad soberana.

Madre de Dios bajo palio, dolorosa de azul manto, que sonrías trocando en sol las tinieblas de tu llanto, que nos robas las miradas, que nos arrancas los piropos y nos quiebras las gargantas, que detienes el tiempo para hacer tarde la noche, y la noche incipiente madrugada.

Madre de Dios bajo palio, jardín de nuestras plegarias, que haces el grito sollozo, que rompe nuestras gargantas, porque eres en tu dolor, fuente de nuestra esperanza. Y por eso, Jaén, al llegar el Lunes Santo necesita reencontrarte por sus calles y sus plazas, porque todos quieren verte, quieren sentir tu mirada, quieren sentir tu consuelo cuando lloras, mientras pasas.

Madre de Dios bajo palio, luz de Jaén sagrada, refugio de mis pecados y de mi vida. ¡Hay..., Lágrimas!

Mírala, es la Virgen que más llora, está llorando por ti y por tu causa, y del torrente de tus pesares, a la puerta de su casa, con sus lágrimas, te ha hecho un puente de plata para que huyan los enemigos de tu alma.

Mírala bien, es la más celeste y la más blanca, la más pura, que en su corazón sin mancha ni culpa para ti ha hecho morada.

Mírala bien, se llama Lágrimas, Lágrimas de esperanza, es la más grácil y las más noble, la más guapa y la más buena. Se llama Lágrimas y ha salido a la calle para buscarte a ti y llorar contigo tus penas.

Señora de las Lágrimas, no se si lloras o te sumerges en un valle de tristezas donde todo parece eterno, pero lo que sí es seguro que se, es que tan solamente con el remanso de paz que desprenden tus lágrimas se abren las puertas del cielo.

En sus manos lleva los atributos de su amado hijo. En su alma la inmensa pena de ver cómo han arrebatado la vida a Aquel a quien Ella se la dio. En sus ojos enrojecidos, Lágrimas, solo Lágrimas; su mirada perdida no quiere ver más allá de sus recuerdos.

Y la Virgen que llora por su hijo, llora por todos nosotros, porque más que por ser madre de Dios, lo hace por ser madre de quien padece, de quien sufre, de quien necesita consuelo.

Tiene María motivos para llorar. ¿Imagináis la clase de muerte de un crucificado?. Poco a poco, recién izada la cruz, los músculos comienzan a desgarrarse, el mismo peso del cuerpo va desencajado las articulaciones de los huesos. Dicen los especialistas que, al contraerse el diafragma, un hipo agónico presiona el corazón hasta que cada latido, cada esfuerzo de los pulmones por respirar, se convierte en un martirio, en un tormento insoportable. De la cabeza a los pies, coronado de espinas, con llagas enorme producidas por atroces latigazos y el rugoso madero arañando la espalda hecha jirones.

Al poco tiempo, todo el cuerpo suspendido en el aire, agotado por el sufrimiento y el dolor, sujeto por los clavos de las manos se convierte en una piltrafa agonizante. Y poco después de pasadas tres horas expira.

V. MI HERMANDAD

Y SU SENTIDO COGRADE. MISTERIOS DE FE

Y qué pensaron de Ti, Señor, hace sesenta y un años, cuando cruzaste por primera vez la puerta del Convento de Santa Clara.

Sesenta y un años de Religiosidad Popular, muchas veces ninguneada, cuando no abiertamente atacada. Es cierto, no somos más que un grupo de creyentes, con toda nuestra carga de humanidad y lo que eso representa. Pero aquí llevamos más de sesenta años al servicio de nuestra Iglesia. Esta es la Asamblea de Laicos de los Cofrades Estudiantiles, que ni son perfectos ni son los mejores, pero siempre están al servicio de su Pastor, de los que estuvieron antes y del que hoy está entre nosotros.

Sesenta y un años ya, formando parte de la historia de Jaén ... y cuántos llevas Tú, Cristo de las Misericordias revelándote contra la propia Historia. Cuántos, desafiando al tiempo con la Mirada a ninguna parte. Cuántos años, enfrentándote a la noche para que la noche muera contigo. Sesenta y un años enseñándonos el camino, Cristo de las Misericordias. Sesenta y un años abrazando nuestros pecados y nosotros sin escucharte. Sigues navegando, Galeón que vas marcando el rumbo de la devoción de una Hermandad, te seguiremos como lo hicieron nuestros mayores, llévanos a la Luz de un nuevo día, no permitas que esta Hermandad naufrage en la desesperanza y en la falta de valores, guíanos siempre a un nuevo amanecer, mi Cristo de los Estudiantes.

No era Cofradía de multitudes y menos aun cuando, hace ya algunos años, acababa de trasladarse a su nueva sede canónica. Con sus discretas filas de nazarenos y muy poco público de testigo, avanzaba, silenciosamente elegante, el hermoso canasto del maestro Canales.

La historia de nuestra cofradía es una historia de amor, de Dios hacia nosotros los hombres, una historia interminable, eterna, sin fin. Los cofrades -esto nos enseña la historia- tenemos vocación de paso, condición de peregrinos, lo nuestro -decía el poeta- es pasar, pasar refugiándonos en sus manos celestiales, en su infinita misericordia y en el amor de su Madre. Por eso, ha pervivido la cofradía en el tiempo, en medio de tantos y tantos avatares, porque nació desde abajo, porque es la expresión de un pueblo, sencillo y sabio, confiado en las manos de Dios.

Gracias por ser una Hermandad que sólo se mira en el espejo del Amor a Su Madre, gracias por quererla como lo hacéis, por ser fieles a vosotros mismos y por lo que habéis hecho tantos años.

Uno querría ver la Cofradía de rodillas, para acordarse de que nuestro primer titular, está en el Sagrario, tantas veces abandonado. Si Felipe II afirmaba que "allá donde haya un Sagrario, habrá un español

para defenderlo" no estaría de más que hoy, cual solemne protestación de fe y renovando nuestras almas de Eucaristía, proclamara con nosotros "Allá donde haya un Sagrario, habrá un cofrade de los Estudiantes para defenderlo". Por que por amor se quiso quedar entre nosotros en el Sagrario.

¡Cofradía de "los Estudiantes"! Nuestra vida es Cruz, porque la Cruz es Pasión, porque la Cruz es Muerte de Jesús, y ha de ser faro, guía, sendero para todos....

En nuestros pasos cada cosa tiene su sentido profundo: el tacto del terciopelo es la caricia de una madre, la luz del cirio es la llama oscilante de nuestra fe, el pétalo de la rosa es el resumen de la Creación, la riqueza de la plata es la ofrenda del amor de hijos... Los enseres procesionales son como la alegría del vino en que se convirtió el agua de las bodas de Caná, son como el frasco de caro perfume derramado sobre los pies del Maestro.

Mi corazón se adelanta al mes de septiembre: en la Merced crecen las sombras y el sol, cada vez más bajo, calienta todavía las piedras de la iglesia. Una joven es presentada en el templo, sencillez en sus facciones, humildad en el semblante como novicia al profesar, mirada baja de vergonzosa inocencia, rostro resplandeciente como la nieve.

Y cuando tras besar sus manos, el devoto levanta los ojos y su mirada se cruza con los suyos, ya no hay angustia en su cuerpo, ni su alma se mueve intranquila. La ha vencido la niña más pura, más gentil, más virtuosa, en la que también se adivina la madre: constante, firme, inalterable.

Al caer la Cuaresma ya está Cristo en el monte anclado. Primer golpe del martillo: llamada de atención. Apelamos a las conciencias: Cristo de las Misericordias ayúdanos a aceptar la cruz de la vida.

Segundo golpe, más hondo y firme; hay que tomar impulso, tensar las articulaciones: Cristo de las Misericordias, danos fuerzas. Tercer golpe, definitivo; las piernas están sufriendo, los riñones lo han sentido, los hombros soportan el peso de tu inmenso sacrificio, y todo el que presencia tu ascensión y tu traslado no puede sino cantarte con emoción y timidez de hijo arrepentido: Cristo de las Misericordias, perdón y clemencia. Conforme se acerca al altar, el rezo se va haciendo más firme, menos penoso, con más esperanza cierta de que la petición sea oída. Porque allí mismo le espera la Señora de la armonía, la dulzura hecha belleza, la pudorosa expresión del dolor y de la pena, la Niña presentada al templo ahora convertida en Madre de Dios y de un pueblo que eleva su canto al descubrir en Ella a la verdadera mediadora de la Humanidad.

Qué queréis que os diga, amigos míos, de mi Hermandad de los Estudiantes. Los cofrades de los Estudiantes, si sentimos haber hecho algo bien en nuestra vida, es haber sacado del olvido, del abandono del Monasterio de Santa Clara a ese antiquísimo Crucificado y haberle dado el culto espléndido que afortunadamente le venimos dando desde hace más de sesenta años y de haber creado una cofradía, que hay que reconocer que impuso un estilo, que vino a señalar una línea de organización y de desenvoltura en la calle, de presentación de la hermandad: alegre, luminosa, pero con toda devoción, con toda seriedad, con todo orden. Nosotros nos sentimos muy satisfechos de haberle dado a Jaén la devoción hacia ese Cristo olvidado y una cofradía que puede sentirse orgullosa de figurar entre las demás que transitan por las calles de la ciudad.

Sólo Dios sabe cuántos ha aprendido a rezar en la calle. Sólo María conoce cuántas miradas de fe, cuantos propósitos de conversión sincera han arrancado sus lágrimas de los corazones pecadores. Cuantos deseos de amor y seguimiento arranca la contemplación de los misterios de la pasión de Cristo. Esto justifica muchos de nuestros

esfuerzos, y al mismo tiempo, supone una gran responsabilidad, que se ha de encarar con temor, pues un día se ha de rendir cuentas al Señor por los talentos humanos que ha puesto en nuestras manos.

Nuestra Fe es grande, cofrades de los Estudiantes, porque en la sencillez de nuestro Jesús de las misericordias vemos la grandeza de su reino.

Es urgente proclamar a los cuatro vientos la sencillez y profundidad de la Fe de los cofrades, de su compromiso sin sofisticaciones. Sencillo es lo verdaderamente grande. Sencilla era la Fe del centurión. Y sólo el Padre reveló sus cosas a gentes sencillas (Mt 11, 25).

La Fe es un don de Dios. Es la alegría de ser cristiano. Es lo que alentó el esfuerzo de grandes cofrades que nos enseñaron que el espíritu de servicio es la razón primera por la que pertenecer a la cofradía, estar en la Iglesia y en la sociedad.

La Fe nos lleva a buscar al amigo Nazareno –casi hermano nuestro– en la noche estrellada de Lunes Santo y a compartir con él el cansancio.

Aprendida, por tanto, la protesta del buen obrar que exige nuestra Fe, porque somos conscientes de vuestras faltas y nos reconocemos pobres pecadores, manifestaremos públicamente nuestra penitencia, tomando dentro de unos días la cruz de guía de nuestra Hermandad para mostrársela al mundo y proponérsela como signo de reconciliación.

Cofrades de los Estudiantes, somos embajadores y adelantados de la esperanza. Somos orla de oro recién bordada en nuestro joven guión y cruz de plata que lo remata. El pregonero os anima y os reconoce porque aunque la Catedral resulte por ahora estación inalcanzable, debéis saber que ella, desde su torre os contempla y os

siente cercanos, porque también vosotros sois hijos de su sombra pétrea, porque vuestros pasos también pesan, y vuestros labios también rezan.

Pero queridos cofrades, no olvidéis que sois cristianos y os debéis al hermoso compromiso de llevar el mensaje de Jesús a todos los lares. No olvidéis que en el mundo cofrade unos siembran y otros recogen. Nuestra responsabilidad es grande, porque somos testigos de un Dios grande. Nuestra grandeza está en nuestra fragilidad; nuestra gloria en la sencillez. Que nadie venga a la hermandad con aires de vanagloria, que nadie pretenda los honores de esta vida, que nadie tenga la tentación de destruir, de criticar sin medida, que nadie tire piedras y esconda la mano, desde los falsos rumores o los chats malintencionados, que nadie vea rivales en los hermanos, que nadie se tome como un juego lo que es un acto de entrega a Dios.

El ser Cofrades nos llama a ocupar un lugar en las filas nazarenas, nos llama -divino listero- para cubrir un hueco bajo la trabajadera. Nos llama al cirio y a la faja, nos llama al incensario y al cirial, a la mantilla y a la vela, nos llama a la zapatilla y al madero. Y nos llama a la liturgia y a la caridad, a la formación, a la catequesis y a la vida parroquial, en el Sagrario, en la Merced o en Santa Clara, a todo cuanto llene de sentido la palabra fraternidad.

Hoy se espera más de los cofrades. Juan Pablo II nos invitó, al comenzar su pontificado, a abrir las puertas al Redentor y al inicio del Tercer Milenio, nos animaba a remar mar adentro, a «vivir con pasión el momento presente».

¿Comprendéis Cofrades de los Estudiantes, que nuestra oración y nuestro esfuerzo, "ora et labora" tienen hoy más sentido que nunca? ¡Hay tanta gente esperándonos ahí afuera!... Tantas personas, personas buenas, que no acaban de conocer a Cristo ni a la Iglesia. Por eso es tan importante que nosotros, cofrades, seguidores del Señor y servidores de los hombres, ejerzamos siempre y en cada lugar como tales cofrades, o sea, como católicos comprometidos con su Fe y con esa forma tan nuestra de expresarla. Cofrades siempre, cristianos por encima y antes que cualquier otra condición o idea.

Ciertamente, nos queda mucho por hacer, pero no comprendemos a quienes nos han reducido a la categoría de estorbo, de devota incomodidad, a quienes se toman nuestras actividades y nuestros sentimientos a la ligera, a quienes reducen la Semana Santa a un negocio o la observan desde el prisma de su interés. Hoy el cofrade ha de saber necesariamente dónde tiene los pies y la cabeza. Tal vez el cofrade sea un loco, pero no un «tonto de capirote». Quizás, escribía un columnista, «el nombre de Dios sobra en las bocas y falta en el corazón».

VI. LAS VISPERAS

Nada hay tan hermoso como las visperas. Todo tiene ese encanto mágico de los nuevos y próximos días, cuando están muriendo, poco a poco, los últimos fríos de un invierno que precede a la primavera de la espera consentida.

Mientras llegan los días mayores del año, crecen ilusiones, se diseña el tiempo por llegar, se dilatan infinitamente las urgencias.

Antes de Semana Santa, en estas jornadas de Cuaresma que le preceden, dispone el mayordomo vestidos de la Virgen, enaguas y ropa purísima interior, mantos y sayas, blondas y encajes para engalanar primorosamente a la Madre de Dios; limpieza de candeleros, jarras y ciriales, colocación de cera y flor por parte del prioste para esos cultos cuaresmales que con gran solemnidad se ofrecen a nuestra imágenes.

Recuentos de rasos y capas, de velas, varas y estandartes. Bulle el cofrade por su Hermandad. Al doblar la esquina, encuentran costaleros en cirineante ensayo. Y al aire libre de las frescas noches, afinamientos nuevos suenan una y otra vez, interpretando aquella marcha airosa, que habrá de acompañar todo el dolor solemne de nuestros pasos en su caminar de penitencia.

Ya sale la túnica de capa del armario empotrado, en un piso del barrio de San Ildefonso. Ya sale la medalla, en una casona del barrio de la Merced. Ya sale una trompeta, presta para los ensayos, del hueco de la escalera, en una casa de San Bartolomé. Ya sale la mantilla negra y la alta peineta de una cómoda, frente a un balcón que se abre a la Plaza de Santa María.

Ya sale, en fin, de un cajón de una mesita de noche, de tantas mesitas de noche, una faja costalero de cuyo color no puedo acordarme-, que ahora estirones e imperdibles.

El Lunes Santo espera como siempre -pues la esperanza es el flujo de la vida-, agazapado en nuestro corazón. Ya se despereza de su letargo.

Ya está todo dispuesto, cada cosa en su sitio. Pronto será Lunes Santo, lo anuncian los carteles y lo proclama el pregonero.



VII. EL COSTALERO

Qué puede, hermanos, contaros a vosotros costaleros, este pregonero que vivís año a año la sensación indescriptible de sudar bajo las trabajaderas, escuchar el crujir de las maderas bajo el paso, el sonido precioso y particular que se escucha bajo el palio de mi Virgen de las Lágrimas, cuando amantes se besan el varal y el fleco de la bambalina de cajón.

Qué puede, hermanos, contaros a vosotros costaleros, este pregonero que con la ilusión a flor de piel, tenéis la faja, camiseta y esparteñas preparados para llevar a nuestros benditos titulares.

La faja, la camiseta, las esparteñas, el conjunto en suma de la ropa que lleva el costalero para realizar su cometido, a de merecer tanto cuidado y respeto para quien la lleva, como el que supone la túnica para el Nazareno.

Sin aliento, sin desvelos, un sollozo apenas contenido, se tensan las fibras de su alma tras el primer golpe del martillo. Yergue su cuerpo, cruje la madera, un suspiro se escapa por los costeros. Misericordias y lágrimas. Cuadrillas del esfuerzo penitente que se hace oración en la trabajadera. Pies que arrastran sus penas por la ciudad. Latir acompasado de corazones que iluminan los pasos temblorosos y vacilantes de Cristo, que camina entre oraciones.

Para eso estáis vosotros bajo las trabajaderas y estoy seguro que sentís Su sonrisa en vuestro corazón. Ellos saben que es duro y estrecho el sitio de cada costalero. Un golpe seco sobre el llamador y el paso salta

en el aire con un temblor de cirios y varales y cae a plomo sobre vuestros hombros. O por el contrario, va izándose lentamente, tan lentamente que casi parece que no se mueve, tan lento sube que no tiembla ni una flor. Y un ramillete de costaleros se aprieta hombro con hombro bajo las trabajaderas, dispuestos al sudor y al sufrimiento. ¡Que sí, que se suda y se sufre bajo el paso! Que cada calle cuesta arriba o cuesta abajo es una agonía, cada movimiento un dolor en los músculos agarrotados, y cada paso que dais, es, sin daros cuenta, un homenaje de los costaleros a su Cristo de las Misericordias o a su Virgen de las Lágrimas. ¡Que sois herederos del primer costalero!, ¡Que sois Cirineos cargando con el peso de la Cruz!.

¿Qué esfuerzo limpio y sincero siembra en el aire su flor, sino el hombro y el amor de un corazón costalero?.

No voy a idealizarlos: no son ángeles, pues si lo fueran no tendría mérito su labor, pero hacen algo tan digno de respeto y admiración como cargar sobre sus hombros, con absoluto desinterés y anonimato, la Cruz de Cristo convertida en trabajadera; y ya metidos bajo el paso, ellos serán el medio de que Dios se vale, como único y auténtico Capataz, para repetir el milagro anual de la salida.

Ya se acerca la hora en que vas a ser de Dios los pies y de tu pueblo oración.

Que día a día, igual que el Lunes Santo, antes de andar tu camino, pidas aliento a Ese que en la cruz cada mañana te espera loco por darte su amor. Ofrécele sin temor tu vida y tus ilusiones, todas tus preocupaciones y tu ardiente juventud. Tus tinieblas y tu luz, tu tristeza y tus amores, la causa de tus dolores y el porqué de tu alegría, lo mejor de cada día y la esencia de tu pena.

Déjalo todo a sus pies, si a cada paso que des eres honesto y sincero, serás un buen costalero en la estación de la vida.

Vienes a ofrecer tu sudor para acercarle a la gente a nuestro Cristo doliente que derrama la salvación.

Pon el alma en el empeño, vive en plenitud este sueño de ser del Señor los pies, que en esa cruz, por amor, viene a vencer a la muerte. No todos tienen la suerte de estar tan cerca de El, sé tú un costalero fiel y generoso en el trabajo. Que tu sudor sea un presente que le llegue hasta el mismo Dios. No busques protagonismo, sino generosidad. Fájate con la verdad, respeta tu cofradía y disfruta del Lunes Santo.

VIII. EL HERMANO DE LUZ

Hermanos costaleros, qué importante es que no nos quedemos nunca en vivir el medio Lunes Santo, maravilloso por demás, que existe bajo las trabajaderas. Llegado el momento de guardar el ato costalero en el armario, vivamos con gozo la experiencia sublime de vestir la túnica de nuestra Hermandad para alcanzar la plenitud como cofrades. Nunca entendí, y creo que no lo entenderé jamás, al que por razones de edad u otras circunstancias, dejó de ser costalero y nunca más se le vio.

Si existe una figura especialmente sufridora en la Estación de Penitencia es la del "Nazareno".

No amigo, no será para ti el aplauso, ni podrás salir de tu camerino como artista de todos. Anónimo. Silente, sólo contigo, la penitencia más dura es la tuya, de salida a fin, atento a los diputados de tramo, desapercibido en el universo de antifaces.

Cíngulo prieto, blanco o azul para alumbrar el sendero del silencio. A ti luz bendita del cortejo procesional, capa y antifaz, se va este hueco mío, fuerte como aplauso a tu esfuerzo anónimo por tu Hermandad.

Quien acompaña a Jesús de las Misericordias en la tarde-noche del Lunes Santo, es también nazareno en la vida de cada día. Porque ser nazareno no es un rato, ni un recorrido, ni siquiera una indumentaria, sino un estilo de vida y una espiritualidad especial.

Nunca el cofrade es más cofrade que vestido de nazareno, una vez ceñida la cintura y encendida la luminaria, con todas sus consecuencias.

Hermano de Luz de los Estudiantes, deja que cimbreen tus suspiros dentro de tu garganta, y los cálidos alientos que envuelven tu cara se elevan a las alturas como encendidas plegarias.

Hermano de Luz de los Estudiantes, mira como se aplacan los rumores al vislumbrar en la lejanía los destellos de tu túnica penitente.

Penitencia y lamentos de silencio. Sombras nazarenas cortan la oscura brisa. Alientos que se escapan por la tela del antifaz. Calor de vela amarillo tiniebla. Cirios consumidos en viejos callejones. Tarde-noche de promesas silenciosas. Tristes almas que vagan con hábitos de hermandad delante de los pasos de Cristo y María.

Ritual del nazareno que se desprende de su individualidad y pasa al anonimato colectivo. Entre evocaciones te aprietas las cintas de las alpagatas. El cordón anuda la medalla sin reverso, que ya descansa en el pecho; la papeleta doblada ocupa su sitio en el bolsillo. Y cierras tu mundo entre la tela del antifaz.

Por la calle, camino de la Iglesia «el cuerpo negro pasea la claridad del alma», siguiendo sobriamente la sombra alargada. Dos golpes secos sobre la puerta lateral. Pasa al interior, el recorrido es inmediato: de rodillas ante el altar mira a sus dos amores, frente a los pasos, un breve diálogo con las imágenes que prepare el camino de ida y de regreso.

IX. MI HERMANDAD EN CAMINO

Lunes Santo sabe a Estación de Penitencia recién cumplida, a heridas limpias, a espinas marchitas, a jóvenes rebeldes que nadan contracorriente tras los valores auténticos que enriquecen, a hogar, a familia unida.

Nunca fue más fuente de conocimiento la Merced que cuando abre sus puertas para que salgan los Estudiantes sin carpeta.

El Hermano Mayor y el Capellán con sus palabras, tratan de infundir el espíritu de la salida deseando buena estación. Los Hermanos, dirigiéndose al lugar donde se ubica el tramo adjudicado. Ante la ausencia de alguno, habrá miradas, y algunas lágrimas saltadas. Faltan diez minutos para la salida.

Aumenta el recogimiento, los cíngulos aprietan cada vez más las túnicas. El eco de lejanos tambores nos anuncia como el pregonero, que estamos dispuestos. Los cirios se han encendido. En el altar

resplandece la lividez de la muerte entre la oscura madera. Un áspero ruido de cerrojo, anuncia la salida. La desnuda cruz arbórea avanza sigilosamente ante el tumulto de la calle, mientras la tenue luz de los cuatro hachones ilumina levemente el interior de la Iglesia.

La Cruz de Guía bajo su dintel abre un umbral de esperanza que todos podemos compartir. Cruz de Guía surgida del altar del templo, símbolo inconfundible del Cristianismo de nuestra Iglesia que, cofradía en procesión, sale a la calle a buscar a todos con la esperanza de hallarlos y la esperanza de que también todos hallen.

Cruz de Guía en la calle y en procesión es y será siempre una ilusión renovada, toda una verdadera, como esa Virgen añiñada y sencilla, llena del candor casi adolescente, que cada primavera abandona el hogar de sus padres, San Joaquín y Santa Ana, para ofrecerle la inocencia de sus primeras lágrimas y su confianza en el Hijo de sus entrañas.

Cuando el Cristo sale a la calle, hiela las conciencias: es verdad que ha muerto Cristo. La tarde se convierte en mediodía con eclipse y bajo nuestros pies, tiembla la tierra.

Ya se levantan los cirios de tiniebla. La blanca cera anuncia a la Virgen de las Lágrimas, que con su firme belleza alumbrada por la llorosa candelaria nos transmite que en esa cruz se restaura el mundo.

Y esa nostalgia se me hace especial cada Lunes Santo en la Merced. Allí, a nuestro lado, aunque no los vemos, susurrándonos ánimo al oído o extasiados en torno a los pasos, están Antonio Marín, Juan Santabárbara, Alfonso Gómez..., los primeros que vinieron a mi memoria nada más ser designado pregonero, Eduardo Almansa, que nos dejó sólo hace unos días y tantos otros que ya se nos fueron. Ellos compartieron la misma fuente de mi amor.

Nuestro Lunes Santo tiene muchos milagros. Yo aún no sé cómo se estrecha la puerta de la iglesia de la Merced para acoger en su limitación tanta misericordia. Un bosque de esbeltos capirotes blancos le precede, una escuadra de negra capa. Y lo saben muerto sobre el árbol de la cruz.

En la plaza de la Merced los artistas siguen pintando un intenso azul y blanco, para que Lágrimas puras, cristalinas y salvíficas empapen las almas. Cuántos labios resquebrajados se habrán mojado en la fe de tus Lágrimas, cuántas ásperas manos quieren tocar las tuyas como manantial que sana. Por eso hasta los naranjos de la Merced quieren rozar tu palio, y las azucenas de los candelabros quieren danzar al son de tu marcha, y tu singular corona el áureo puente de amor bajo el que pasan las lágrimas de tu rostro, y Jaén clama, en la tarde del Lunes Santo: Lágrimas vivas de la Merced, plateado oasis en el que los finos juncos de tus varales sostienen el cielo más azul noche, riega nuestra fe resaca para que florezca en oraciones, haz fecunda la aridez de nuestra alma, y derrama sobre tus cofrades toda la gracia presa en las fuentes de tus ojos.

La vetusta y estrecha calle Almendros Aguilar, recoge el rachear de las alpargatas de sus costaleros, que con magistral y milagrosa destreza sortean, uno tras otro, los muchos obstáculos que en su pausado caminar encuentran, a las órdenes de su Capataz.

Por Madre de Dios, va nuestro Cristo para recoger ofrendas de la gente sencilla del pueblo, cada uno con su cruz necesitando aliento. Ya Jaén huele a madera eterna porque se acerca despacio, a su vera, el Cristo de los Estudiantes. Una cruz bendecida por dos vidas que se hacen una, la de María de las Lágrimas, y la misma vida de su hijo. Así se cargan las cruces sin reproches, ni derrotas, porque la cruz hay que llevarla como quien carga la gloria.

Mientras en el silencio del rosario la hermandad recorre la calle maestra en busca del templo mayor, las esposas de Cristo meditan en el interior del monasterio de Santa Clara; mis clarisas adoran en espíritu y verdad la presencia Real del que dio su vida en rescate por todos, mientras, el crujido de la plata de los candelabros de cola del paso de palio de Nuestra Señora de las Lágrimas presagia la celebración de la muerte de Cristo en el tableteo de las matracas conventuales tras las rejas.

Monasterio de Jaén, lleno de entrega, Semana Santa íntima de cuidada celebración y honda penitencia, enamoradas del Señor de las Misericordias desde el claustro y la entrega total. Han aprendido a rezar con la vida y el ayuno. A rezar con las risas de la recreación y el locutorio y el absoluto silencio del retiro. Esposas contemplativas de Cristo, consuelo de tristes y fortaleza de pastores

En Santa Clara, mis monjitas lloran en el silencio oscuro de la lejanía.

Por San Ildefonso, se echa la noche en Jaén para que su oscuridad se ilumine cuando aparezca ella, la rosa más blanca, la perla más bella, la del palio azul noche por donde se escapan sus lágrimas de cristal, la que llora su pena a la luz de la luna. Ya no le quedan más lágrimas con qué llorar.

Bajo sus maniguetas una jaculatoria "Regina Coeli". Y al pregonero, que agarrarse quisiera a ellas, le brota un canto de alabanza a la Doncella de sus sueños, a la Madre más insigne, a la feliz Puerta del cielo, siempre en impaciente espera, a la joven más valiente y a la mujer más perfecta.

Calle Almenas. Avanzan los ciriales. Justas las voces en el capataz. Suena el golpe seco del llamador y el paso se detiene. Gesto de sufrimiento por nosotros en Jesús, crucificado en la cruz. Cómo nos duelen las Espinas de Su Corona. Silencio total. En el Silencio se oye mejor la voz de Dios.

En la oscuridad que serpentea los muros de la catedral te soñaré, Cristo mío, para rozar con mi aliento tus costeros, para escuchar como rezan tus valientes costaleros, para sentir como cruje esa madera enlutada, para mirar tu humilde figura en esa cruz clavada.

¡Qué guapa vas Virgen de las Lágrimas!. Como ascu de luz tu paso. ¡Otra vez acertasteis de lleno, costaleros!. En vuestro nombre yo le pido hoy a María que extienda la paz sobre la faz de la tierra enloquecida por el terrorismo sin sentido, la guerra, el odio y las drogas. Paz, Señora, que exista la paz, el progreso y el bienestar, paz en los corazones y en las familias. No es sólo este pobre pregonero quien te lo pide; te lo están pidiendo todos tus cofrades y todo tu pueblo de Jaén.

Pero hay un momento en el discurrir de mi Hermandad, que pasa desapercibido, y yo quiero resaltar esta noche.

Es ni más ni menos que el paso de la Cofradía por Obispo González, a eso de las doce y media de la noche. Acudid en silencio, dispuestos a escuchar con los oídos del alma.

Primero, escuchad el rachear acompañado de las alpargatas de los costaleros, que nos anuncian que el paso de palio de la Virgen de las Lágrimas se acerca. Después unos cuantos metros delante, ved como se aleja el Señor de las Misericordias. Y es que la noche parece recrearse en su fondo negro, iluminado por la cera de cuatro hachones, la tétrica oscuridad de la Cruz sostiene a este Cristo, hasta hacerla desaparecer a nuestros ojos. Queda entonces solo el contraste claro y marfileño del

cuerpo crucificado sobre el firmamento. El Cristo pasa a ser Cuerpo y Cruz al mismo tiempo. Y de repente, cuando sólo rompe el silencio el tintineo de las bambalinas del palio, comienza a sonar una sinfonía cofrade que pone el vello de punta. Otro mundo de sagrada belleza ante nosotros.

Así que si queréis asistir a ese prodigio cofrade, ya sabéis la condición: silencio y recogimiento. Lo demás, sólo son los pies de los costaleros, las bambalinas del palio, la música y vuestro corazón cofrade.

Después, cuando nos veamos por la calle, no vayáis a decirme que exagero: si hay algo más hermoso que esa noche de Lunes Santo yo no lo conozco. Ni lo he visto ni quiero verlo, porque me quitaría de saber durante un cuarto de hora lo que es vivir en el cielo.

Disculpadme, cofrades, si mi voz se escucha quebrada en este punto del pregón. Pero han sido muchos los momentos vividos al cobijo de estas benditas Imágenes. Permitidme que hoy saque a la luz al menos uno, quizá el más pequeño, pero que por su sencillez y al mismo tiempo por su grandeza, quedó por siempre grabado en la memoria de este pregonero.

Era una noche de Lunes Santo, discurríamos despacio por la calle Conde. Era el final de una chicotá. Una vez el paso en tierra, me volví para esperar las órdenes del fiscal. De pronto, entre el tumulto de la gente que acompañaba el caminar de la cofradía, una emoción indescriptible recorrió mi cuerpo y mi alma al contemplar, casi escondido, casi avergonzado de que alguien pudiera verlo, un joven que asomaba discretísimamente su rostro a la ventana de su local, mientras sus ojos llenos de lágrimas, se clavaban en la cara de mi Cristo. Aquel joven, que rezaba en silencio con su boca entreabierta, cimentó sin saberlo mi más profunda vocación cofrade.

Y al volver la esquina del cantón..., la saeta.

Se ha dicho de ella que es profunda, certera, intensa... pero momentánea. Dardo vibrante que rasga el velo de la noche oscura; daga que busca la diana dolorida del corazón de María. Saeta, «grito de agonía, llanto de dolor». Y llorar es tal vez el más hermoso privilegio de los hombres. Cuando atraviesa el cielo, la saeta nos hiere el cuerpo, nos hiela el alma.

Así vuelve acompañado de los suyos el Cristo que exhala su último aliento de Misericordia en la calle Merced Alta. ¡Cuánta vida! ¡Cuánto amor renovado, haciendo del innoble madero triunfo de la Santa Cruz!

La noche halla en ti su más especial expresión por la calle Merced Alta. Madre Nuestra ¿será posible tanta maravilla? Será el momento de mirarte... será el momento de contemplar esos Ojos que embrujan, que se agrandan en la calle, que miran con maternal comprensión... Habrá merecido la pena ir lejos de Ti en la Estación de Penitencia para haber esperado simplemente el instante en que la luz de la cera gastada en la candelera ilumina tu Rostro incomparable... ¡entonces tus Ojos parecen tener vida!... Reina de la Merced... ¡qué Guapa Eres!... merece la pena vivir para esperar que entres en tu casa. Quien la vio en esos momentos sensacionales ya la recordará siempre, sabiéndose desde entonces bajo la Protección de su manto.

Es noche cerrada, y el Cristo mira a la Merced. Van entrando los nazarenos, mar negro y blanco de capirotos vueltos al portón, esperando la llegada de su Cristo de amor muerto y de su Virgen agotada por tantos corazones resueltos. Cansancio, colores marfileños. Entra el Cristo en la Merced mientras la Madre de las Lágrimas en la plaza, enciende el firmamento.

Y cuando suenan los últimos sonos del Himno Nacional, y se cierran las puertas de la Merced, los costaleros de rodillas, esperan la llamada que anuncie la última levanta del palio de Nuestra Señora de las Lágrimas. Un sobrecogedor silencio se hace en el interior del templo.

Ya sonó la voz metálica del llamador, todos como pueden aprietan el alma a las trabajaderas, porque cuerpo no les queda ya, por tan sufrido trabajo. Y desde el mismo suelo, con el paso a tierra, lo que queda de esos treinta y seis sentimientos, comienza el palio de las Lágrimas a levantar.

El silencio se transforma en jadear de costaleros, lágrimas desbordadas por la última "levantá". Con un peculiar racheo llevan a la Virgen hasta el altar mayor, es la última chicotá, la que culmina veintiseis años al servicio de Ella, como hermanos costaleros.

Mientras, un sonido claro, limpio, de flauta y tamboril rociero guía ese paso al son de Rocío.

Se escucha el martillo. ¡Pararse ahí. Ahí quedó!

Cuando los cuatro zancos tocan el suelo, un silencio sepulcral se hace en las zambrañas. Dentro, gozo y satisfacción por el deber bien cumplido.

Se levantan los faldones, poco a poco empiezan los costaleros a bajar del cielo sublime al mundo terrenal. Aquí en la tierra, comienzan a abrazarse como si algo sobrenatural los hubiera unido por su alma, en largo caminar.

Y este Lunes Santo, nos faltarán unas esparteñas, una faja, una camiseta con los galones de 25 años bajo tu palio. Te nos fuiste como viviste, con paz. Tú, que hiciste el bien a todas las personas de tu alrededor. Una noche de noviembre tu corazón dijo que no quería latir más, que quería encontrarse con la Madre por la que tantas y tantas veces se había vuelto loco, por la que tantas y tantas veces había latido a un ritmo inusual. Gozas ya de Su presencia, serás costalero eterno de tu

Virgen de las lágrimas. Rachea ese paso, con decisión, que tu Virgen sabe que vas debajo y que nunca la has de abandonar.

Se cierra el Lunes Santo de mi alma cofrade, la Virgen de las Lágrimas se viste de Misericordias. Las palabras del pregonero en este instante serán la ofrenda más humilde que mi corazón y mi boca, te puedan ofrecer.

En el interior cerrado del templo, como de costumbre, unas manos amadas pondrán sobre mis manos el punto y final a la separación que nos impuso la estación de penitencia. Las mismas manos que cada año en la calle, en nuestra Semana Santa o en otras, se apretaban contra las mías reconociendo en la marcha de Abel Moreno la banda sonora de una vida en común, de una herencia recibida y destinada a prolongarse. Todo eso que un día habremos de explicar a nuestro hijo para que entienda lo que ha sucedido hoy, y por qué ese infinito amor que le tenemos, lleva impreso el sagrado nombre de la Cofradía de los Estudiantes. Y el tuyo, Lágrimas.

Haz, Señor, que el año que viene vuelva a acompañarte. Que sea digno de vestir esta túnica, y que si otras manos la han de coger antes de que el tiempo esté cumplido, haya sido mi vida ofrenda de amor a tus plantas presentada, cruz alzada, luz de cirio que te alumbra, bocina que te proclama, cirial que te anuncia, incienso que te bendice, túnica que a todos proclama mi filiación nazarena. Escucha Señor esta oración del nazareno, dicha por muchas bocas, sentida por muchos corazones, todos uno en el amor, sin diferencias.



X. MI JOVEN COFRADE

Hace casi un año fuiste un regalo de Dios para tu familia, que te esperaba ansiosa como fruto del amor de tus padres. También como consuelo y luz.

El Lunes Santo que viene contemplarás una transformación operada por obra y gracia de esa divina providencia que ha hecho cristianos y barrocos a los andaluces. Contemplarás con tus ojos que parecen saber buscar la material apariencia, que escudriñan ansiosos en busca del menor atisbo de ternura, el testimonio de un pueblo creyente que celebra el gran acontecimiento salvador que transformó sus vidas.

Irás descubriendo con el paso de los años la verdad de la que nace nuestra Cofradía de los Estudiantes.

Si Dios quiere, nos dispondremos tú y yo a compartir -y será Lunes Santo- el privilegio insólito de la primera Cruz de Guía de tu vida.

Tus ojos intentarán abarcar todo aquel júbilo desbordado que provendrá de la Merced y que acrecentará el tuyo. Sobre la altura de aquella algarabía de capirotes blancos, podrás divisar lejano el guión de la Hermandad.

Para buscarte, sólo para buscarte, el paso del Señor cruzará la Plaza de la Merced. Tu naricilla espesará en medio del humo dulzón de las dalmáticas. Neblina de incienso que será la última barrera vencida

No será extraño que tus ojos alucinados se quieran desasir de mí, increíblemente abiertos, perdidos en ese panorama de infantiles sorpresas: Será tu prematura iniciación a esta fiesta. Ignorarás ¡claro, nunca las habías vivido! que pudieran hacerse tan reales aquellas imágenes que ya te habían hipnotizado en los videos de casa y que pudiesen tocarse con las manos, sumergirte en su colorido.

Y en ese descubrimiento tuyo, yo comprenderé que también ha de ser así, la misma reacción de asombro, lo que sentimos nosotros cuando como tú, hijo mío, comprobemos, pero ya al terminar nuestras vidas, que tampoco era una ficción soñada nuestra Hermandad.

El amor es el que te hará nazareno cuando llegue tu momento. No habrá nada más grande. A un viejo cofrade, le preguntaron un día que qué era lo más importante que había hecho. Y fue claro: coger un cirio y ponerme en una fila de nazarenos.

Qué sensación tan especial es la de ponerse por primera vez un antifaz: el mundo de momento se te encoge. Y surge otro interior, con elementos que definen el ritual: olores, sentimientos, motivaciones, sonidos que nunca podrás olvidar. Te sientes tan solo.... Ansioso estoy por que llegue ese Lunes Santo en el que entregue a tí, hijo, los atributos más preclaros del más hondo ser cofrade, tu iniciación nazarena. Ansioso estoy de ver esos ojos vivarachos entre los negros ojales. Entonces le pediré a la Virgen, que sea la regla de tu caminar por esta vida, y que haga fructificar más cada día el grano de la espiga de tu fe. Y al Señor, tan manso en su infinita Misericordia, le pediré que te otorgue serena aceptación de lo bueno y de lo malo que la vida te depare; que te enseñe que no hay nada que justifique sacar una espada, aunque fueras el primero de entre los discípulos presto a defender a su maestro; que tu alma sea siempre bandera de paz.

Virgen hermosa de los Clavitos, que él siempre te vea como yo te soñaba de pequeño, refugiado tras el costado de tu paso, enamorado de Ti al ver entre los varales el aura rojiza de la hoguera del amor que llevas dentro. Virgen fecunda como espiga madura, ayúdale a pasar la hoja seca del árbol de su vida. Amapola dorada por el sol que cuaja los trigos, busco en tu cara morena y dulce la de una madre que aúna en un mismo espíritu a un padre y a un hijo que a tus plantas se abrazarán, vestidos de Nazareno, ese Lunes Santo. Limpio trigal en el que no puede haber cizaña, Virgen bendita de las Lágrimas, sé Tú para él siempre la suprema ley cofrade y cristiana.

XI. DESPEDIDA

Os decía al principio que no iba a dar las gracias por haberme permitido este dichoso momento. Y explicaba las razones por las cuales no lo hacía.

Sin embargo, si voy a pedir perdón. Tengo que pedir disculpas a la persona que con su infinita paciencia, ha sabido llevar las muchas horas de trabajo dedicadas a este Pregón. Ella que me ha dado el ánimo que se necesita cuando puede llegar la soledad. Que hizo patente su cariño, amor y comprensión, soportando mis estados de nervios, y, en ocasiones, mi mal humor. Su actitud solidaria con mi esfuerzo, es la que

bendita locura a los suyos, y así ir cerrando y abriendo el ciclo temporal, que ha de aparecer siempre como un referente anhelado sobre el horizonte de la vida cotidiana. Me refiero, como ya habréis podido intuir, a mi mujer, Rocío.

Y ahora que el pregonero está próximo a volver la última página de su pregón, dejadle que, haciendo enteramente suya una pequeña parte del mismo, cumpla gustoso con su deber de hijo.

Dejadle reconocer públicamente que nunca hubiera llegado a este lugar si Dios no le hubiera regalado con el don, sin precio, de la fe. Haciéndole abrir los ojos en el seno de un hogar cristiano, junto a sus dos hermanos.

Dejadle decir que su corazón nunca habría vibrado de emoción y de fervor, de no haber tenido el magisterio de unos padres que han sabido enseñarle el rumbo hacia el puerto del amor y el cariño a su tierra.

Aquel hombre y aquella mujer que, predicando con su ejemplo, han sabido, como tantos padres, iniciarle en la vida cofrade, en su amor al Santísimo Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas, y a su Hermandad de los Estudiantes.

Gracias, papá y mamá, por supuesto, por escribir en mi vida renglones derechos en mi torcido corazón, que tan bien nutrido de fe y de cariño lo habéis tenido.

Se acaba el pregón. Y ahora, mis hermanos, sólo nos queda la espera.

En un Pregón no se dice todo, se dice una parte del todo. Por eso nunca saldrán de mis labios ni de mi pluma las palabras "He dicho". Porque este no es un Pregón cerrado. No sé si quiero terminarlo. Lo dejo abierto, muy abierto, para que mi Cristo de las Misericordias le ponga punto final cuando Él quiera. Nada se extingue definitivamente, tampoco esta declaración de amor que aún tiene algo pendiente para este enamorado de la fe y de la pasión de su pueblo y de su gente

Tras de esta penúltima levánta dedicada a vosotros y a vosotras, indulgentes y generosos hermanos cofrades, mi última chicotá, como no podía ser menos, ni más para el que os habla, sea para mi Virgen de las Lágrimas.

Madre, ampara nuestras vidas y nuestras familias últimamente tan atacadas. Reina y Señora, protege nuestras casas, nuestras hermandad y nuestra ciudad. Madre de Dios, fortalece y estimula nuestra fe para seguir a tu Hijo, al que nosotros también solicitamos Misericordia.

Contigo, siempre contigo, Madre: en la vida, en la muerte, en la familia, en la Hermandad y en la eternidad, ¡Hasta el final contigo!

